

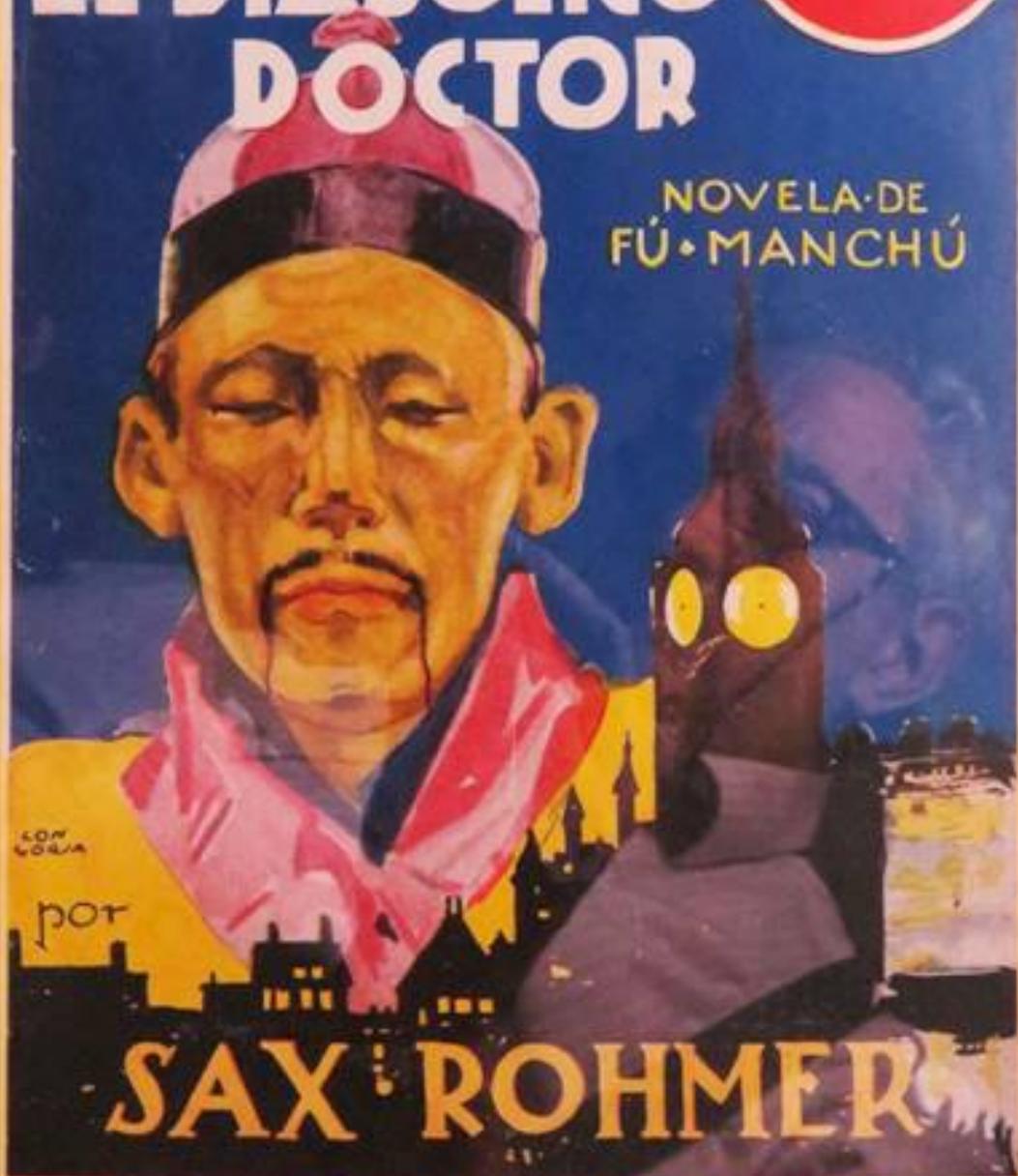
**BIBLIOTECA ORO**

*Revista semanal de novelas ilustradas*

**0'90**

# EL DIABOLICO DOCTOR

NOVELA DE  
FÚ-MANCHÚ



**SAX ROHMER**

Fu-Manchú es un super villano y criminal. Prefiere como sus agentes, a ladrones, matones y miembros de otras sociedades secretas. Desdeña las armas o los explosivos. Sus tramas asesinas están marcadas por el uso extensivo de métodos arcanos: cuchillos, o incluso usando «pitones y cobras... hongos y mis pequeños aliados, los bacilos... mis arañas negras», y otros animales peculiares o armas químicas naturales.

## CAPÍTULO PRIMERO

-¿**L**leva mucho tiempo sin saber de Nayland Smith? –  
inquirió mi visitante.

Reflexioné un momento, puesta la mano en el sifón y, al cabo repliqué:

–Unos dos meses. Smith es un corresponsal poco asiduo. Además se le está agriando el carácter.

–¡Hola! ¿Hay acaso alguna mujer en su vida?

–No sé. Quizás. Se ha vuelto muy reservado y estoy poco enterado de sus asuntos.

Delante del reverendo Eltham, sobre la mesa, puse la copa de *whisky* y, al alcance de su mano, una caja de cigarrillos. ¡Poco revelaba el rostro de finas líneas delicadas del *clergyman*, el carácter violento del hombre! Sus ralos cabellos rubios, grises en las sienes, eran suaves y sedosos; su aspecto, el del típico pastor de almas anglosajón, pero en la China le apodaban «el misionero batallador», sobre todo desde que se hizo culpable del terrible levantamiento de los «boxers».

De pronto, con voz llena de unción como correspondía a su estado, pero atacando al propio tiempo la pipa con innecesario derroche de energía, dijo:

–Doctor Petrie: ¿sabe en quién pienso con frecuencia, o mejor: de quién no he cesado de acordarme de dos años a esta parte?

–No. Usted dirá...

–De aquel maldito chino, y del *cottage* que ardió en Dulwich.

Encendió su pipa y se llegó a la chimenea para tirar el fósforo dentro del lar.

–En realidad, no se pueden prever los acontecimientos –continuó diciendo mientras me contemplaba pestañeando del modo nervioso que le era peculiar– pero si creyera en la existencia de ese hombre, si estuviera seguro de que su genio colosal, su inteligencia incomparable, sobrevivieron al desastre...

–¿Qué haría usted? –pregunté, sonriendo, al ver que se interrumpía. Y me acodé, expectante, en la mesa.

–¡Le quitaría de en medio! –concluyó Eltham–. De lo contrario, ese genio satánico alterará la paz del mundo.

Excitado por sus propias palabras, apoyaba cada una de ellas con un castañetazo de sus dedos y adelantaba la barbilla; ademanes, ambos, que me eran familiares. ¡Es el hombre de carácter más complejo que ha llevado alzacuello!

–¿Volvería usted a China, doctor Petrie? –exclamó, con los ojos brillantes por la fiebre de la batalla–. ¿Descansaría usted tranquilo si viviera? ¿No temería por su vida cada vez que tuviera necesidad de salir solo, de noche, para visitar a un enfermo? Dos años escasos han transcurrido desde que le tuvimos aquí, entre nosotros; desde los días en que buscábamos en las sombras circundantes los fulgurantes ojos verdes... ¿Qué se habrá hecho, durante este tiempo, de su banda de asesinos, de sus estranguladores, sus «*dacoits*», sus insectos, su veneno y, en una palabra: de su ejército de servidores?

Paladeó un sorbo de *whisky* y añadió, titubeando, tras de la pausa consiguiente:

–Estuvo usted con Smith en Egipto, buscándole, ¿no es eso?

Asentí con un gesto.

–Y (si me equivoco dígamelo) al propio tiempo trataron ustedes de descubrir el paradero de la muchacha. Karamanéh, creo que se llamaba.

—Sí —repliqué concisamente—, pero desapareció sin dejar rastro.

—¿Le... interesa mucho esa chica, doctor Petrie?

—Más de lo que yo mismo creía. Me he dado cuenta de ello después de haberla perdido... para siempre, tal vez.

—No he tenido ocasión de conocerla; más de lo que usted y otros cuentan, infiero que se trata de una mujer extraordinariamente, ¡ejjem...!, soberanamente...

—... Hermosa, sí. ¡Hermosísima! —exclamé, puesto en pie y deseando acabar de una vez con aquel tema.

Eltham me dirigió una larga mirada de simpatía. Conocía los pormenores de nuestro viaje, las pesquisas llevadas a cabo durante la búsqueda de la bella oriental de ojos negros, elemento novelesco que, dos años antes, introdujera el Destino en mi vida monótona y solitaria; adivinaba sin duda que su recuerdo me era tan grato como aborrecible el de su amo, el malvado y fascinante doctor.

Dando hondas chupadas a la pipa midió, a grandes pasos, el despacho. No sé por qué, ya que a decir verdad, había poco de común entre este *clergyman* de rosadas mejillas y engañoso aspecto inofensivo y el magro comisionado del Gobierno, el de la piel bronceada y las pupilas aceradas, su actitud, su manera de erguir la cabeza, me recordaron a Smith. Acaso la nerviosa excitación de que daba muestras suscitó en mi memoria el recuerdo de una noche estival y la curiosa manera de proceder que tuvo Nayland antes de descender el telón ante mis ojos asombrados. ¡Poco sospechaba yo, entonces, la importancia del papel que se me reservaba en el drama!

Los pensamientos de Eltham ¿correrían paralelos a los míos? ¿Girarían en torno a la inolvidable figura del Demonio Amarillo? En mis oídos sonaban todavía las frases empleadas por Smith al describirlo: «Es un hombre de aventajada estatura; delgado, pero recio de hombros, felino en sus actitudes y movimientos, con un entrecejo como el de Shakespeare y un rostro de expresión verdaderamente

satánica. Del afeitado cráneo pende la coleta tradicional. Sus ojos tienen el fulgor magnético de los ojos de la pantera. Imagina ahora en su alma la astucia de la raza oriental entera concentrada en un intelecto gigante, con todos los recursos de la ciencia pretéritos y actuales y te representarás la categoría del adversario que tenemos enfrente, del terrible doctor Fu-Manchú, el peligro amarillo encarnado en un solo hombre».

De mi estado de ánimo era ahora responsable esta visita de Eltham, pues que el originar misionero había desempeñado un papel en el drama acaecido veinticuatro meses antes.

—¡Cuánto me agradecería ver de nuevo a Smith! —dijo de repente—. Birmania echa a perder a los hombres: lamento que haya de permanecer en ella. ¿Se casó?

—No es probable.

—¡Es verdad!, insinuó usted antes...

—Que conozco poco a fondo su caso. Smith es muy reservado.

—¡Cierto, cierto! También yo lo soy. Pero el caso es, que... —siguió visiblemente confuso— yo desearía... tengo un corresponsal en China, y...

—Adelante. —Le animé con la voz turbada por súbita ansiedad.

—Es que no me atrevo. Por nada del mundo quisiera suscitar en el ánimo de usted esperanzas... temores infundados, quizás. Pero —agregó ruborizándose como una doncella— veo que he hecho mal en iniciar semejante conversación. Olvídela, ¿quiere?, y más adelante...

Sonó el timbre del teléfono, interrumpiéndole, y exclamó:

—¡Será un importuno! —sin embargo, me pareció que agradecía la interrupción—. Bueno, es la una.

Yo me aproximé al aparato.

—¿Es el doctor Petrie? —inquirió una voz femenina.

—Servidor. ¿Con quién hablo?

Sin responder directamente a mi pregunta, siguió la voz:

–La señora Hewet está peor esta noche. ¿Puede venir en seguida?

–¡Al momento! –repliqué, porque además de ser una excelente persona, la señora en cuestión era una de mis mejores clientes.

Y colgué el auricular.

–¿Es un caso urgente? –Eltham vaciaba la pipa.

–Así parece.

–Bien. Le acompaño... si no tiene inconveniente. La conversación me ha enervado y de momento no podría conciliar el sueño.

–Como guste –repliqué, satisfecho, en el fondo, de ir en su compañía; y segundos después atravesábamos el jardín desierto.

Una niebla ligera, semejante a un artístico ropaje tendido de tronco a tronco, flotaba entre los árboles cuando pasamos, silenciosos, junto al estanque y nos dirigíamos hacia el lado Norte del barrio.

Supongo que los factores determinantes de mi estado especial de ánimo fueron: la presencia de Eltham de una parte; y, de otra, el recuerdo irritante de su semi iniciada confianza. Sea como quiera, mi mente se representaba insistentemente a Fu-Manchú y las atrocidades cometidas por su banda durante su estancia en Inglaterra. Y mi imaginación trabajaba de modo tan activo, que otra vez presentí la amenaza de un peligro pronto a descargar sobre mi cabeza; pareciome que el siniestro nublado amarillo proyectaba todavía su sombra sobre el suelo de mi patria y deseé ardientemente la compañía de Smith. No puedo informaros respecto a la naturaleza de las reflexiones de Eltham en aquel instante, pero las adivino; estaba tan callado como yo.

Merced a un esfuerzo poderoso de la voluntad deseché tan morbosos pensamientos al descubrir que acabá-

bamos de cruzar el barrio y por consiguiente que tenía delante la morada de mi enferma.

–Espero que no tardará mucho –dijo Eltham–. Voy, pues, a dar un paseílo sin perder de vista la puerta, naturalmente.

–Perfectamente –repliqué; y corrí escaleras arriba.

No había luz tras las ventanas de la fachada, circunstancia que me sorprendió en extremo, pues la última vez que había visitado a mi pariente ocupaba una habitación con vistas al exterior en el primer piso de la casa. Por espacio de tres o cuatro minutos nadie respondió a mi llamada mediante timbre y picaporte. Después, como persistiera, salió a abrir la puerta una Maritornes soñolienta y semi-desnuda que, a la luz de la luna, me contempló con estúpida expresión.

–¿Me ha mandado llamar la señora? –inquirí ásperamente.

La muchacha puso cara de idiota.

–No, señor –contestó–. La señora duerme profundamente.

–Entonces, ¿quién me ha telefoneado? –continué preguntando, sumamente irritado, lo confieso.

–No sé. Aquí no hay teléfono, señor –declaró ya despierta del todo la sirvienta.

Me quedé mirándola embobado. Debí parecerle tan imbécil como ella a mi poco antes; di media vuelta y, sin una palabra de despedida, me lancé escaleras abajo. Ya en la calle miré a derecha e izquierda. Las casas de la manzana estaban sumidas por igual en la oscuridad y el silencio más completos. ¿Qué objeto tendría la llamada misteriosa? Yo no había confundido el apellido de la enferma, mencionado, dos veces, durante el recado telefónico. Además, estaba claro que no había partido del domicilio de aquélla. En tiempos pasados me hubiera parecido de mal agüero el incidente; en aquel momento estaba dispuesto a considerarlo una broma de mal gusto.

Eltham acudió prestamente a mi encuentro.

—Por lo visto, hoy no quieren dejarle descansar, doctor Petrie —observó—. Una mujer le ha seguido hasta aquí. Dice que telefoneó a su casa y que allí le han dicho dónde podía encontrarle.

—¿De verdad? —inquirí sin dar crédito a lo que oía—. Si el caso es urgente, según parece, ¿cómo no se le ha ocurrido a esa mujer llamar a otro médico? ¡Pues así que no hay pocos!

—No lo ha hecho probablemente para no perder tiempo y porque sabía que estaba usted levantado y vestido —explicó Eltham—. Además, la casa del paciente está cerca de aquí, según dice.

Le miré con semblante inexpresivo. ¿Pretendería el desconocido burlón gastarme otra broma?

—¡Hombre! Me han engañado una vez... La pretendida gravedad de la señora Hewet me ha hecho venir aquí, pero no estoy dispuesto a...

—¡Oh, no se trata de nada de eso, se lo aseguro! —declaró muy seriamente el pastor—. Si hubiera visto a esa muchacha... ¡Pobrecilla! ¡Estaba agitadaísima! Su amo se ha roto una pierna y todavía no se le ha hecho la primera cura, ¡figúrese usted!... Vive en Rectory Grove, número doscientos ochenta.

—Pero ¿dónde se ha metido esa chica?

—Se marchó corriendo, después de darme el recado.

—¿Era una sirvienta?

—Sí, francesa, a juzgar por el acento, e iba tan envuelta en su capa, que no le he visto la cara. Lamento que le hayan hecho víctima de un bromazo, doctor Petrie —añadió, grave y circunspecto—, pero esa muchacha no trata de engañarle, puede usted creerlo. ¡Cómo sollozaba! Casi no podía explicarse. Creo que me había tomado por usted.

—Bueno. Iré a ver a ese señor —dije, cediendo resignado ante tanta insistencia—. ¿Dice usted que se ha roto una

pierna?... ¡Caramba!, pues tengo en casa el estuche de cirugía, vendas y demás.

—¡No importa! —dijo Eltham con su característico entusiasmo—. Vaya en seguida a aliviar los dolores de ese pobre hombre y yo iré a buscar a su casa el estuche. En Rectory Grove nos encontraremos.

—Le agradezco infinito, Eltham...

Alzó una mano.

—Yo no sé resistir a las súplicas de la humanidad doliente, doctor Petrie —observó.

Y ya no me atreví a protestar, tan evidente era su sentimiento y tan inquebrantable su resolución. Le expliqué en qué lugar guardaba el estuche y reanudamos la marcha por el suburbio: él con rumbo al Oeste; yo en dirección al Este.

Llevaría recorridos trescientos metros, a lo sumo, sin dejar de pensar en lo que me estaba pasando cuando, de pronto, ocurrióseme una idea a cuya luz vi bajo un aspecto totalmente distinto lo sucedido poco antes. Pensé en la segunda llamada urgente de aquella noche y en lo improbable que era que a hora tan avanzada se le ocurriera gastarme una broma aún al gracioso más incansable; medité en el diálogo sostenido recientemente con Eltham y en la muchacha, francesa, según él, cuyo encanto personal había captado en el acto sus simpatías... Y mis sospechas convirtiéronse, gradualmente, en una certidumbre. En aquel punto recordó —¿cómo no caería antes en ello conociendo tan bien el distrito?— que no existía el número doscientos ochenta en la Rectory Grove.

¡Oh, Dios mío! Me detuve en seco y lancé una ojeada en torno. No había un alma a la vista ni siquiera un policía. Nada se movía allí donde los faroles señalaban las vías principales del barrio; nada se agitaba en las sombras circundantes, pero en mi pecho una voz largo tiempo silenciosa me advertía del peligro.

¿Qué iría a suceder?

Susurros misteriosos interrumpían, de vez en cuando, el profundo silencio nocturno. Eran las hojas de los árboles movidas por la brisa. Una verdad luchaba, entre tanto, por penetrar en mi conciencia. Traté de tranquilizarme, mas fue en vano. Cada vez me oprimía con más fuerza el presentimiento de un riesgo inminente, hasta que, por fin, dejé de luchar contra mis temores, giré en redondo y corrí hacia la parte meridional del distrito, punto en que se hallaba mi casa... y Eltham.

Había confiado en adelantarme a él, pero no le vi en parte alguna. En el momento mismo en que ponía los pies en el camino pasó un tranvía de servicio nocturno; corrí tras él y a poco divisé las ventanas de mi casa, que aparecían iluminadas, lo mismo que el *hall*.

Metía la llave en la cerradura, cuando me abrió la puerta el ama de llaves.

—Señor doctor, acaba de llegar un caballero —comenzó a decir.

Mi impaciencia hizo que la atropellara, sin aguardar a que concluyese la frase comenzada, y subí, desalado, al estudio.

Un hombre alto, delgado, de rostro tostado como un grano de café, estaba sentado junto a la mesa-escritorio y clavaba en mí las aceradas pupilas. Me dio un vuelco el corazón.

¡Era Nayland Smith!

—Smith, amigo mío —exclamé—, ¡cuánto me alegro de verte!

Cambiamos un fuerte apretón de manos y en seguida me dirigió una mirada escrutadora; la expresión de su rostro denotaba poquísima alegría. Entonces reparé en que tenía el cabello más cano que la última vez que nos vimos y un aire más grave.

—¿Dónde está Eltham? —inquirí.

Smith retrocedió como si le hubiera pegado un bofetón.

–¿Eltham? –repitió en un murmullo–. ¡*Eltham!* Pero ¿está aquí?

–Le dejé, hará cosa de unos diez minutos, en la calle.

Los ojos de Smith despidieron una luz singular y golpeó casi con el puño cerrado la abierta palma de su mano izquierda.

–¡Dios mío, Petrie! –exclamó–. ¿Será mi sino llegar siempre tarde?

–¡Smith! ¿Quieres decir...?

–Sí, Petrie –su voz parecía venir de muy lejos–. Fu-Manchú no ha muerto: está en Londres y ¡que Dios guarde a Eltham! Porque, ¡es su primera víctima!

## CAPÍTULO II

**B**ajó Smith la escalera como si tuviese alas en los pies y yo le seguí al *hall* primero y luego al jardín. La placidez y hermosura de la noche aumentaron la agitación de mi mente, pues el cielo claro, casi tropical, cuajado de estrellas, trajo a mi memoria el recuerdo de los días pasados en Egipto todo el tiempo que duraron nuestras infructuosas pesquisas. La espléndida radiación de la luna oscurecía con su brillo las luces amarillentas de los focos que salpicaban el distrito en toda su extensión. Nunca había visto yo en Londres noche más sosegada y tranquila. La débil vibración del motor de un coche o la sorda trepidación de las ruedas de un *cab* que pasaban, lejanas, eran los únicos sonidos que interrumpían, de vez en cuando, su silencio.

Lanzando una rápida ojeada de derecha a izquierda, Smith se internó velozmente en el jardín. Yo iba pisándole los talones. A nuestras espaldas quedaba abierta de par en par, la puerta de la casa. Precisamente frente a ella venía a morir el camino tomado por Eltham, de modo que podía abarcarse con la mirada. Estaba desierto; solitario, junto al estanque; vacío, más allá, en el punto mismo en que se perdía entre un grupo de árboles.

Me coloqué junto a Smith y, mientras corríamos, le expliqué, jadeando, lo ocurrido.

—¡Se ha recurrido a una argucia para separarte de Eltham, Petrie! —observó—. Pensaban asaltar tu casa, mas al verte salir con el Pastor modificaron el plan.

Al llegar junto al estanque, moderó la marcha.

—¿Dónde dejaste a Eltham? —dijo.

Le cogí por un brazo y le obligué a volverse hacia la derecha.

—¿Ves ese grupo de arbustos, ahí, al otro lado del sendero? —inquirí, señalando con el dedo—. Pues a su izquierda corre una vereda. Yo tomé esta; él siguió aquél. Nos separamos en el punto en que ambos se bifurcan.

Smith se aproximó al borde del estanque y en silencio contempló la superficie del agua.

No sé qué esperaba ver allí, pero, sea lo que fuere, llevo una decepción, porque se volvió a mirarme con el ceño fruncido y una perpleja expresión en el semblante mientras se pellizcaba el lóbulo de la oreja izquierda, acción que despertó en mi alma el recuerdo de los terribles acontecimientos pasados.

—¡Vamos, adelante! —dijo con un respingo—. Quizás esté entre los árboles del soto.

Por el tono con que decía estas frases deduje la tensión de sus nervios y su estado de ánimo contribuyó a acrecentar los temores del mío.

—¿Qué es lo que piensas hallar entre los árboles, Smith? —pregunté estremecido.

—Sólo Dios lo sabe, Petrie —replicó reanudando la marcha—, pero tengo miedo...

Por la carretera, a nuestras espaldas, pasó, dando tumbos, un tranvía. Llevaba unos obreros rezagados a sus respectivos hogares... ¡Poco se imaginaban aquellos seres de vida estrecha y rutinaria el conflicto en que se hallaban dos de sus semejantes que, a tan corta distancia de ellos, caminaban entre bancos, verjas de hierro y poco románticos faroles hacia una tierra de horror!

Bajo los árboles imperaba una densa oscuridad y antes de llegar a ellos nos detuvimos. Los dos compartíamos los mismos temores.

El tranvía se había parado a un extremo de la calle y, con un chirrido, reanudaba, en aquel instante, su carrera.

Smith y yo permanecemos inmóviles, aplicando el oído hasta que tornó a imperar el silencio de la noche y sólo entonces seguimos andando. Antes de entrar en el soto, tornamos a hacer alto, sin embargo.

Smith deslizó en mi mano su revólver y en seguida avanzamos. Un rayo de luz resplandeciente caía perpendicularmente sobre un punto del soto y además mi compañero había encendido la lámpara de bolsillo, pero de momento, no distinguimos en él huella ninguna. Esto nos pareció muy extraño, pues aquella misma tarde, poco antes de la puesta de sol, había caído un fuerte chubasco, y aunque ya estaban secos los caminos, bajo los árboles el terreno estaba todavía húmedo. Por fin, a diez metros escasos de la linde, descubrimos las huellas de un hombre que corría a juzgar por las profundas impresiones dejadas sobre el blando terreno por la punta de sus pies. Dichas huellas terminaban bruscamente y otras, más ligeras, se les unían, convergentes, cruzándose las de derecha e izquierda. Junto a ellas estaba pisoteada la tierra y de este punto partía, en dirección a poniente, un rastro confuso, que, más borroso cada vez, terminaba al otro lado del soto.

Uno por uno, examinamos los árboles y arbustos que hallábamos al paso, temiendo descubrir algo horrible y macabro junto a ellos, pero no vimos nada, ¡absolutamente nada! Cansados ya, nos miramos finalmente, uno a otro, a la luz de la luna. No se oía el más pequeño ruido.

Nayland Smith retrocedió un paso y, ya en la sombra, escudriñó la extensión visible del jardín. De pronto, clavó la mirada más allá, en el punto en que se bifurcaba la carretera y pegó un brinco.

—¡Ahí están! —exclamó—. ¡Vamos, Petrie!

Saltó el vallado y corrió locamente por el campo que había detrás. Yo le seguí apenas repuesto de la emoción producida por la sorpresa, pero él me llevaba una considerable ventaja. Le vi dirigirse, en línea recta, a los postes